

ATERRIZAJE

eva piquer

traducido del catalán por Celia García Abellán

Para Aniol

«La vida volvió a ser como antes,
como estaba previsto que volviera a ser».

FRANÇOISE SAGAN, *Buenos días, tristeza*

El reloj centenario que presidía la entrada del templo budista de Fumonji dejó de funcionar en marzo de 2011, cuando un terremoto con tsunami arrasó la costa este de Japón. Las olas gigantes hundieron el primer piso del monasterio y el reloj se paró sin remedio. El sacerdote Bunshun Sakano lo rescató de entre los escombros e intentó arreglarlo, pero el agua había estropeado el mecanismo.

Sakano decidió conservar el reloj como recuerdo de antes del desastre. Y una vez que se restauró la pared, lo colgó de nuevo: testimonio mudo de un tiempo que ya no. Que ya nunca.

Hace cuatro meses me fui a Islandia con tres desconocidos. Rectifico: dos desconocidos y un fotógrafo de quien solo sabía su nombre francés y que toma el café con un azucarillo y medio. Confío en que él, de mí, lo ignorase todo, salvo que tomo el café sin azúcar. La tarde que coincidimos en el Salambó, Pierre me explicó que en noviembre se subiría a un avión para ir a hacer fotos de otro avión que había caído en mitad de la nada. Cuarenta y seis años después del accidente, el fuselaje de la nave seguía en el mismo sitio. Sin alas y lleno de agujeros, pero en el mismo sitio. No sé qué se me pasó por la cabeza, o sí: fue la manía de las metáforas.

21 de noviembre de 1973. Guerra Fría. Un avión militar estadounidense sobrevuela Islandia en una misión rutinaria y el tiempo hace de las suyas. Es propio de la isla: ahora parece que hace bueno y medio minuto después te tienen

que amputar los dedos. Nieve, hielo y frío a punta pala. El segundo de a bordo, a los mandos del avión durante el trayecto de regreso a Keflavík, es Gregory Fletcher, un piloto de veintiséis años con más intuición que experiencia.

Nieva mucho y tanto y por todas partes. El cielo dispara balas de hielo y el viento esparce la rabia de la naturaleza sublevada. Los dos motores se dan por vencidos. Una sacudida arranca gritos instintivos a los pasajeros y difunde el estado de alarma entre siete cerebros sin que haga falta proclamarlo por ningún altavoz. O actúan rápido o se precipitarán contra un glaciar. Tienen que virar hacia el sur.

La estadística no prevé que tengas que hacer un aterrizaje de emergencia cuando solo sumas veintiuna horas de vuelo en un C-117, pero la estadística miente a ojos de quien le toca pasar por ahí. El copiloto de la aeronave, Gregory Fletcher, coge el timón del destino. Y sí, caer al mar parece mejor que chocar contra una montaña de hielo. En ningún sitio está escrito que agonizar de hipotermia en el Atlántico durante unos segundos eternos sea preferible a un impacto letal, pero quizás. Siempre hay un quizás que alimenta la esperanza.

Nos dirigimos los dos hacia la única mesa libre y decidimos compartirla, porque él no esperaba a nadie y a mí todo me parecía bien o todo me daba igual. No recuerdo cómo fue que comenzamos a hablar de sus viajes fotográficos. La cámara que llevaba colgada debió de servir para romper el

hielo. Mientras removía el café con una calma de las que antes me exasperaban, Pierre comentó que Islandia era otra galaxia a cuatro horas de distancia. El eslogan cumplió su cometido: me dije que Islandia era la respuesta correcta. Plantarme en otra galaxia, por qué no. Huir de la Vía Láctea. Aunque el espejismo solo durara cuatro días.

21 de marzo de 2020. Ya he vivido una primavera hecha de niebla, de ahogo y de vete a saber si el futuro existe. Hace tres años los aullidos del horror me perforaban los tímpanos y me invadía en silencio una urgencia que duele confesar: cuanto antes toques fondo, antes remontarás. Hoy por las calles vacías de Barcelona pasean jabalís, son más feos que hechos de encargo, podrían morder o embestir a alguien. Los desconcierta la ausencia de peatones y vehículos. Me resulta entrañable este qué-está-pasando suyo, no muy distinto del nuestro.

Estoy secuestrada en un piso sin balcón ni plantas, pero en la terraza de mis padres ya han florecido los geranios; me han enviado una foto y casi he podido sentir su olor.

Mira que acabarse el mundo cuando empezaba a rehacerme.

Me gusta hacer que los viajes duren, me dijo Pierre cuando yo ya iba por el segundo café sin azúcar y lo escuchaba con

un interés inédito. Los alargó hasta mucho después de haber vuelto. La energía de Islandia me atrapa, me transmite paz, es un paisaje que me resulta familiar. Y desprende una luz muy pero que muy fotogénica. A lo mejor tengo algún antepasado vikingo. Me topé con una imagen del avión de Sólheimasandur cuando aún estaba saboreando el primer viaje: fue verla y decidir que volvería. Se me había quedado el coche tirado en la nieve, habían tenido que venir a rescatarnos, habíamos pasado un frío de cojones, pero qué energía y qué paz.

Tengo billetes para ir en noviembre, dentro de un mes, con un par de amigos que me harán de modelos y se dejarán retratar. Serán solo cuatro días. ¿Te apuntas?

Una vida son muchos días y cuatro días pueden ser toda una vida. El tiempo va y viene como quiere.

Al día siguiente de haber compartido mesa con Pierre me desperté y, lejos de querer volverme a dormir, me empujaron hasta la cafetera unos nervios bienvenidos, esa emoción de los proyectos. Y una tentación hecha pregunta: ¿Y si lo escribo?

Érase una vez un anillo de oro codiciado por tres hermanas. Como no se ponían de acuerdo sobre cuál de las tres debía quedárselo, decidieron que heredaría el anillo la que

consiguiera engañar en mayor medida a su marido. Premio a la mejor mentira: los valores morales de las leyendas islandesas.

La primera hermana se puso a hilar, o a hacer como que hilaba. Qué haces, le preguntó su marido. Hilo una gasa tan fina que cuesta verla, quiero hacerte un traje muy elegante para Pascua. La segunda hermana estaba casada con un tipo de voz áspera que cantaba fatal. Pero ella le repitió mañana, tarde y noche que afinaba como un tenor. La tercera hermana comenzó a mirar a su marido con cara compungida. Ay, te estás poniendo malo. ¿Malo, yo? Sí, estás pálido y tienes ojeras, te pasa algo grave. Hizo que el hombre guardara cama para paliar la fiebre. Hasta que un día lo miró entre lágrimas y sentenció: Ay, querido, ya te has muerto.

El Domingo de Resurrección se celebró el entierro del marido de la hermana pequeña. La viuda imaginaria había pedido que metieran el cadáver en un ataúd que tenía un pequeño orificio a la altura de los ojos. La hermana mayor pidió a su esposo que se pusiera el traje de gasa transparente. La hermana mediana le dijo a su marido que todos tenían muchas ganas de oírle cantar en el funeral.

Durante la ceremonia de despedida, los gallos del cantante ofendían a los asistentes, uno de los cuales iba desnudo. El presunto finado vislumbró la escena por el agujero del ataúd: un cuñado no llevaba ropa y el otro destrozaba una canción tras otra. Convencidísimo de que ya había estirado la pata, mentira que bien valía un anillo de oro, exclamó en voz alta: Qué a gusto me reiría si no estuviera muerto.

Si no estuviera muerta, a lo mejor me reía.

Calla, que no estoy muerta. Ya no.

Quería cambiar de planeta, de ciudad, de cuerpo, pero tardé diez meses en cambiar de cama y hasta ahora no me había planteado cambiar de piso. Esta primavera de puertas para adentro —lo llaman confinamiento, pero tiene aspecto de arresto domiciliario— he encontrado un nuevo uso para el escritorio que tengo debajo de la ventana. Cada mediodía aparto el teclado, los libros y los trastos, y me tumbo encima con las rodillas flexionadas. Durante veinte minutos me da el sol y el universo se pone un poco en su sitio.

Si se confirma que no estamos ante el fin del mundo sino ante un simulacro, creo que me buscaré un nuevo piso. Una casa propia. Necesito una azotea con el cielo por techo.

Me gustaría pensar que, cuando todo acabe, el pasado anterior será un pasado remoto. Quiero creer que lo veremos difuminado, en blanco y negro, como pensaba entonces que sería el mañana para siempre jamás; los colores no se dejan proyectar cuando lo que viene asusta. Quiero creer que, para los supervivientes de esta peste moderna, las penas individuales de antes habrán dejado de tener nombre. Como si no supiera que nunca pasa lo que piensas que va a pasar.